

LOPE DE AGUIRRE, PRÍNCIPE DE LA LIBERTAD,
UNA NOVEDOSA NOVELA DE MIGUEL OTERO SILVA

POR

OSVALDO LARRAZÁBAL HENRÍQUEZ

Es indudable que la mayor de las preocupaciones de un escritor es la de tratar de conseguir proyectar su obra y de alguna manera trascender por medio de su escritura. En ese sentido algunos autores pretenden reflejar, en sus personajes más conspicuos, las inquietudes, los deseos y las motivaciones que los constituyen y de esa manera manifestar, a través y por intermedio de ellos, una parte importante de sus ideales y de su espiritualidad. Se cumple, así, una de las más importantes y dificultosas funciones del juego de la creación expresiva que permite, por efectos traslativos, una presencia anímica del escritor en sus criaturas no obstante que ellas no representen, como tales, la personalidad total ni el ideario del autor. Es, sí, la manera de expresarse por medio de una instrumentación que le permite develar, en parte, su constitución y su propósito. Tal es el caso de Miguel Otero Silva en su novela *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, publicada en 1979 por Seix Barral en su Colección Biblioteca Breve.

II

Otero Silva utilizó la caracterización de un personaje histórico bien conocido y suficientemente juzgado, y paralelizando sus ideales con los del personaje en cuestión, elaboró una nueva forma de interpretar la aventurada vida de quien ha quedado para el recuerdo como un especie de "azote de la humanidad". Podría decirse que esta novela inserta otro modo de visualizar las diferentes aristas que presenta el personaje como totalidad histórica y tratar de develar intenciones y propósitos que para otros escritores que han manejado el tema no eran lo más importante. Para Otero, Lope es la representación de algo superior a las aventuras que protagonizó y por ello trata de observarlo y manifestarlo desde una explicación humana. Otros escritores, en cambio, sólo han visto a Lope de Aguirre como el eje de unos episodios históricos y sangrientos.

Al centrar su atención en el personaje referido, Otero explana su concepción expresiva hacia otros temas subsidiarios que no sólo comportan grande importancia sino que persiguen explicar, a su modo, la conducta de un protagonista que, en determinada perspectiva, fue una resultante de la controvertida época en que le tocó vivir y actuar. Por ello y para ello, esta novela entremezcla lo histórico, lo documental, la ficción y, subliminalmente, pero con toda intención, la pasión libertaria del autor, quien así se trata de equiparar a la misma

que animaba a su personaje. Referencial a esto último es el válido intento de esta obra por profundizar en la psicología de Lope de Aguirre; a la vez que entre una y otra aplicación, el tema va ampliando el panorama creativo, entretejiendo aventuras y sucesos que van labrando una crónica de aspectos relevantes de la conquista y colonización española, conduciéndola, al través de un largo inventario de abusos e iniquidades hacia lo que algunos sociólogos e historiadores han dado en denominar como “la leyenda negra”:

eran todos ellos en cuadrilla, los corregidores los jueces los alcaldes los frailes los encomenderos, ... son los mismos que despojan sin misericordia a los indios, por faltas mínimas atormentan a los yanaconas del servicio con cepos y grillos, o los despachan a remotas comisiones para forzarles las mujeres en su ausencia, fabrican falsos testamentos, prenden fuego criminal a caseríos enteros, les cortan las narices y las manos a los infelices que piden justicia, los más asquerosos pecadores son los frailes ... (69).

Manifestaciones de tal índole abundan en esta novela que persigue y consigue una otra forma de enjuiciar a un personaje que decidió otro modo de actuación y la ejecutó en lo que algunas opiniones históricas han considerado como un camino de acción violenta y equivocada.

Al iniciar la novela con la ominosa imprecación de “¡DIOS NOS AMPARE! A Lope de Araoz le cortaron la lengua”, el autor introduce al lector en un ámbito sangriento derivado de una acción punitiva que castiga un acto de rebeldía. De allí deriva lo que habrá de ser, a lo largo del recorrido anecdótico, el contenido rebelde de su personaje central: Lope de Aguirre. En efecto, en las primeras escaramuzas de una familia apegada a la rebelión, este personaje, narrando él mismo los sucesos entera de cómo su madre le confirió nombre “en honor de su padre rebelde” (11). De seguidas se da el episodio que lo presenta enfrentado al “mentado” Antón Llamoso, donde, una vez más, se pone de manifiesto el carácter belicoso y vengativo del personaje protagonista. Todo queda refrendado cuando Lope se enfrenta a la afrenta infringida por Francisco Esquivel, lo que parece establecer, de una vez por todas, la característica de este ser humano que hizo de la venganza un modo de acción y que llevó su vida tratando de descubrir traiciones y desapegos. Pero esa rebeldía está muy bien explicada y avalada por el autor porque de ella depende la idea central de esta novela y el principal propósito de Otero Silva. Así, Lope no actúa, según lo ve su creador novelístico, sólo en tratar de conseguir un poder temporal, ni en propiciar alzamientos que lo condujeran a ello; su idea era más amplia y su ideal no era otro que el de situar su intimidad rebelde a una causa:

No, capitanes y oficiales, nuestra salvación no está en escribir papeles de humillación que a ninguno engañarán, sino en vender caras nuestras vidas rebeldes, en volver al Perú no en busca de perdones inaccesibles sino de amigos igualmente descontentos como nosotros, aquellos millares de hombres disgustados porque nunca le fueron gratificados sus servicios, aquellos millares de peruleros resentidos por el mal trato de los virreyes y oidores. Volvemos al Perú y unimos a ellos para tomar esa tierra como nuestra y defenderla de nuestros enemigos ... eso es lo que nos conviene (173-174).

Este personaje, con ideas muy claras acerca de su propósito, es el mismo que en el preciso momento en que va a morir pronuncia una frase lapidaria y definitoria de su actitud: “Moriremos en este sitio como rebeldes obstinados” (331).

Omnipresente y requerido al máximo, Lope refiere por sí mismo toda su historia que está, además, certificada por una extensa y amena documentación que Otero Silva ha instrumentado dosificándola con materiales históricos conocidos y, por supuesto, con la parte ficcional que es, así mismo, muy importante dentro de tanto esfuerzo documental.

Consciente de su idea por rescatar la figura de su personaje central en favor de una actitud de rebeldía libertaria, Otero trata de equilibrar, en lo posible, la controversial personalidad de Lope de Aguirre y así como se ciñe a lo histórico al recoger sus manejos confabulatorios para llegar a convertirse en dueño de la expedición de Pedro de Ursúa y erigirse en caudillo de los “marañones”, o desgranando las atrocidades cometidas en su paso por la Isla de la Margarita, y de su “funesto” paso por Tierra Firme, donde finalizaron sus días, así mismo y de la misma manera, y en la proporción que le puede corresponder, Otero manifiesta su incondicional simpatía por un personaje a quien considera como símbolo de libertades.

Insistiendo en los desafueros cometidos por Lope de Aguirre en que catalogaba como de traición, Otero los destaca en la trayectoria de la novela:

Lo que acaeció luego no lo esperaba yo ni tampoco vuestra merced, Lope de Aguirre fue abandonado y vendido por el amigo en quien había puesto mayor confianza y fe, de ahí adelante se hizo mucho más lóbrega e incrédula el alma del caudillo (294).

Prosiguen los ejemplos, y con una misma actitud de rabia enfermiza e incontenible se presenta a Aguirre cuando es enterado de la traición cometida por el Capitán de la Guardia, Pedro de Munguía; entonces enfrentándose a “Mandrágora”, “su propio demonio”, lo increpa:

Maldito sea tú, Mandrágora hideputa, que no me diste aviso de su traición, que te llevarás mi alma a los infiernos el día de mi muerte mas a quien en este tiempo de perfidias te arrojé a mi cuerpo, torpe demonio a quien abomino y escupo. Haré correr la sangre por los valles de la Margarita, la sangre de tus frailes disolutos y de tus ministros malvados, rey Felipe ... (257-258).

Al lado de estos actos, la novela va informando de otras morbosas complacencias como la muy especial de satisfacerse enviando hombres a la muerte por “ajusticiamiento”, orgía de sangre que parecía animarlo a continuar depurando un ejército nacido al calor mismo de una gran traición. Pero si hay constancia de todo esto la hay, así mismo, de la necesidad que se plantea el autor por resarcir a su personaje de tanta sevicia, reuniendo algunos sucesos que tratan de humanizar la vida de Lope de Aguirre. En consecuencia la novela reúne rasgos positivos de esa personalidad, lo que constituye un elemento novedoso en medio del general tratamiento que la historia o la leyenda le han conferido. Merece la atención el hecho muy conocido y suficientemente repetido donde el caudillo marañón casi siempre ha sido enfocado desde la perspectiva del sedicioso líder de las inconformes huestes de la mencionada expedición de Pedro de Ursúa y del hombre sanguinario que

sólo tenía condescendencia para con su propia hija, Elvira. Aquí, en esta obra de Otero, a la par que se insiste en la ferocidad y en la intransigencia del personaje, documentando abundantemente sus crímenes y sus malas acciones, hay espacio para ver otras facetas que, unidas a su natural comportamiento, complementan el cuadro de una psicología contradictoria y difícil de predecir en sus actos y en sus pensamientos.

Regido por una contextura mental que producía los más extraños y disímiles reacciones, el mismo Lope de Aguirre sanguinario era capaz de “defender la integridad de las mujeres honradas” (248) y de profesar un amor inimaginable a su hija Elvira, amor que, en irracional resolución, lo lleva hasta el extremo de asesinarla para que no llegara a ser “¡colchón de bellacos mi hija Elvira!” (337). Al mismo tiempo que vocifera y castiga, puede erigirse en moralista:

Jamás he tolerado a mis soldados que hagan fuerza ni deshonra a ninguna mujer, antes las tengo muy a recaudo y seguras de cualquier mal. A las que son mujeres honradas las honro mucho, mas a las putas y rameras como aquesta que llamaban la Chávez, les doy la deshonra y castigo que sus vicios y maldades merecen (278).

y hasta llegar a sentirse ungido por algo muy superior: “yo soy la ira de Dios, el mensajero ejecutor de tu cólera” (291). Rasgos y datos que visualizan otro tipo de comportamiento y que aunados a los ciertamente negativos conforman el todo de un personaje que desde sus diferentes facetas es integrado a un texto novelístico equilibrado donde a la vez que se refiere su repudiable condición personal, se expresa un reconocimiento ideológico y humano que proviene de la evidente empatía que Otero Silva manifestaba por esta su creación.

Reflejado en un claroscuro total, Lope de Aguirre destaca en la novela como un hombre que fluctuaba, insistentemente, entre actitudes muy definidas que son recaladas en esta interpretación novelística que hace Otero Silva. Estas actitudes se refieren, esencialmente, a la singular idea libertaria del personaje, a la oposición a ultranza contra el yugo que imponía la corona española y, sobre todo, a la concepción que él mismo se forjó acerca de el *modus operandis* de la conquista y colonización que había impuesto España en América:

A ti Felipe rey español te declaro enemigo mío cincuenta veces más enemigo que el ya muerto Pedro de Ursúa cien veces más que el fanfarrón Juan Alonso de la Bandera y que todos los vasallos tuyos que han de morir para que edifiquemos sobre sus huesos nuestra empresa de libertad ...

eres rey de España sin merecimientos de corona ni trono rey de España tan sólo porque naciste hijo de Carlos emperador agosto y heredaste de sus manos el más grande imperio del mundo cuyo poderío y gloria ha crecido a costa del hambre y la penuria de los conquistadores venidos a las Indias ...

Felipe que envías al Nuevo Mundo a administrar justicia en tu nombre a virreyes desalmados oidores avarientos y frailes disolutos ... (181).

Declaraciones como éstas, que recorren el transcurso del texto, establecen el pensamiento de un hombre inmerso en una idea *sui generis* de libertad y que resolvía las

situaciones en función a la totalidad de lo que se proponía. Difundir su credo rebelde y libertario fue una de sus constantes inalterables y así se conoce en sucesos como cuando se relata la muerte del fraile Francisco de Tordesillas (276) y en la carta que envió a Francisco Fajardo (288-289), alentándolo a que se le uniera en su cruzada.

De estas y otras manifestaciones que constituyen el planteamiento formalizado por Otero Silva con respecto a su personaje central, se deriva, así mismo, la esencial diferencia de la concepción creativa de la misma personalidad histórica. En tanto que para otros escritores el protagonista Lope de Aguirre es el centro de una crónica y de los acontecimientos históricos que la generaron, para Otero el personaje es, así mismo, el centro y eje de una crónica, pero es, y allí estriba la diferencia, un activo sentimiento de rebelión, de libertad, de entusiasmo de poder y todo ello proyectado en una decisión permanente y trascendente:

¡Yo soy Lope de Aguirre el Peregrino!, ¡Yo soy la ira de Dios!, ¡Yo soy el fuerte caudillo de los invencibles marañones!, ¡Yo soy el Príncipe de la libertad! (238).

III

Novela plena de grandes logros expresivos, la función poética está presentizada en frases muy bien pensadas y llenas de una gran sencillez manifestativa. Desde este punto de vista la poesía está utilizada para acompañar el suceso o la descripción, sin que se note ella misma como misma es; siendo, de esta manera, aditamento grácil y flexible que agiliza la frase y la hace deslumbrar en medio de una redacción generalmente bien concebida y mejor escrita. Se utiliza un lenguaje directo sin implicaciones connotativas de vulgaridad. Es un lenguaje donde se entrecruzan las formas del “dice” y del “digo”, en un diálogo dirigido donde, a veces, el paréntesis o la insinuación tipográfica son la clave para determinar la voz que lo protagoniza. Novela ésta donde las formas de expresión se suceden y se entrecruzan sin limitación sintáctica que las individualice, manejándose, entonces, como una prosa continua que depende de la dinámica del acontecer anecdótico al cual avala y formaliza. Prosa que implica una íntima relación con el lector, explicándole algo o dirigiéndose a él para enterarlo de lo que está aconteciendo, sin que esa participación explicativa signifique un adosamiento a fórmulas tradicionales de complicidad entre quien escribe y quien lee lo escrito.

La novela es, así mismo, una permanente presencia del autor, quien por medio de diversos portavoces que lo substituyen, incursiona en el campo de la consideración histórica, adaptando sus opiniones al momento novelístico que se sucede. Así, Lope de Aguirre lo representa cuando dice:

La conquista de las Indias la hemos hecho con desesperada furia, arrojando espuma por la boca, matando indios salvajes, matándonos los unos a los otros (72).

Del mismo modo, haciendo una variada interpretación de la utopía de “El Dorado”, expone, en boca de Lorenzo Zalduendo, la siguiente relación:

Sucedió que un cacique de los indios brasiles, de nombre Viarazu, llegó en huida a la Ciudad de los Reyes y le contó al Virrey y a todo el que quisiera prestarle oídos, la existencia de un país más rico que el Perú, gobernado por el príncipe Quarica, mil veces más cubierto de oro que Atahualpa. Las tierras de los Omaguas son valles tan fértiles como el paraíso perdido por Adán (101),

para luego emitirse como el propio Lope de Aguirre y en palabras contrarias a la “codiciada visión”, expresar una realidad que no quería ser conocida:

Aquesas fueron leyendas inventadas por los indios bárbaros para oponerlas a la realidad de nuestros caballos y arcabuces. Aquesos fueron precipicios levantados por la imaginación de los naturales de estas tierras para hacer despeñar en sus honduras la codicia de los españoles. Y válgame Dios que tales ardidés y estratagemas tuvieron efecto. Por centenares nuestros soldados hallaron calamidades y tumba en ves del mundo maravilloso que buscaban (103).

En este mismo sentido y utilizando siempre la historia como un componente básico de su novela, el autor se permite conceder analogías ficcionales a un texto que trata, por cualquier medio, de hacer probatoria de la comunicación del personaje protagónico con aconteceres que en su momento tuvieron grande significación de acuerdo a su contenido y a su proyección. Quiere, por este intermedio, probar algo a favor de su personaje, o recalcar algo que lo haga crecer en su estatura histórica. En el momento en que se consuma el asesinato del Gobernador Pedro de Ursúa, y éste se ve apuñalado por Fernando de Guzmán, lo increpa diciéndole: “¿Tú también, Fernando, mi hermano?” (163), semejando la célebre frase histórica del asesinato de César por Bruto, en el Senado romano. Una vez que la expedición de Lope de Aguirre toca Tierra Firme, proviniendo de la isla de la Margarita, el caudillo, ordena incendiar las naves transportadoras y exclama: “Mirad cómo arde la madera de nuestros barcos, mis marañones, y cómo en ellas se queman todas las esperanzas de volver atrás ...” (293), repitiendo, en esencia, las mismas palabras que la historia ha puesto en boca del conquistador Hernán Cortés. A su llegada a Borburata, Lope emite un bando solemne que fue coreado en la calles de la población,

Yo, Lope de Aguirre, la ira de Dios, el fuerte caudillo de los marañones, el príncipe de la libertad, prometo hacer la guerra cruel a fuego y sangre contra el Rey de Castilla y sus vasallos; todo español que no luche en favor de nuestra causa será castigado como traidor e irremisiblemente arcabuceado; todo los servidores del Rey español deben contar con la muerte aun en el caso de que sean indiferentes (295),

que sería, palabras más o palabras menos, pero idéntica intención, la que animó al célebre y controvertido Decreto de Guerra a Muerte; y en ocasión de soportar una pertinaz lluvia que impedía el avance de sus huestes, el caudillo lanza la “blasfemia”: “¿Piensa Dios que porque llueva no tengo de ir al Perú y destruir el mundo? ¡Pues está engañado conmigo!” frase que Otero Silva destaca como en beneficio del incomparable orgullo de Aguirre, cuando comenta al referir que “un trueno más pavoroso que todos los anteriores respondió a su blasfemia. Mas el mal cristiano, en lugar de humillarse ante el rigor del firmamento, levantó el grito: ¡Si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y

la haremos que nos obedezca!” (313); recordando un episodio que se repetiría durante el terremoto de Caracas en 1812, cuando Simón Bolívar pronunció palabras muy semejantes.

Quizás una de los juegos expresivos de mayor novedad en esta novela lo constituyan las cuatro especies narrativas teatralizadas que utiliza Otero Silva para condensar, en buena parte, acciones anecdóticas muy importantes que necesitan ser explicadas dentro del contexto general. Ya en la novelística venezolana este procedimiento había sido utilizado cuando José Ramón Yepes lo incluyó en su novela *Anaida*, publicada en 1872; pero el modo como lo manipula Otero lo provee de una nueva configuración, porque pudiendo no ser parte esencial del texto, lo complementa, lo respalda y, además, lo explica en detalle.

Casi iniciando la novela se da el primer cuadro, que presenta cuatro personajes del ámbito de intimidad de Lope de Aguirre, manifestando sus opiniones con respecto al próximo viaje del personaje hacia América. Llama la atención que cada uno de esos actores: un clérigo, que es el confesor de la familia; don Miguel de Uribarri, padrino de Lope y propietario de yeserías y molinos de trigo; el tío Julián, tejedor de quimeras, lector de libros de caballería y maestro de escuela; y Juanisca Garibay, la novia del Lope, actúan de acuerdo a sus propios intereses y así se manifiestan ante el futuro viajero. En las palabras con que tratan de despedirlo van insinuando lo que deben ser las metas de Lope en el nuevo continente. La defensa y difusión de la fe, la codicia sobre las riquezas de la nueva tierra, las maravillas de aquella naturaleza y, en boca de Juanisca, lo que Lope deberá tratar de ser para ser un ser diferente y trascendente. El segundo cuadro hace referencia al enfrentamiento que Lope de Aguirre sostiene contra Francisco Esquivel, y que, en gran parte, explica todas las conductas posteriores del caudillo. El tercer cuadro presenta las acciones que culminan con el asesinato de Pedro de Ursúa, y el último cuadro, con el cual culmina la novela, relata la muerte de Lope de Aguirre.

Gran recuento histórico de una vida de aventuras, traiciones, venganzas, ideales y decisiones, esta novedosa novela de Miguel Otero Silva resarce, como idea paralela del autor con su personaje, una nueva óptica que visualiza a un hombre “predestinado” en la búsqueda y consecución de un “¿ideario de libertad?” que ha trascendido, controversialmente, en la historia y en la leyenda.

